

CULTURA

ROISIN KIBERD Escritora y periodista

“Internet puede ser más sexista que la vida real porque no se mira a la cara”

SILVIA HERNANDO, Madrid
Tarde o temprano, todo se acaba quedando viejo. Pero si algo decae con una velocidad vertiginosa, a un ritmo difícilmente aprehensible, eso es el periodismo tecnológico. Un día estamos leyendo sobre el espurio papel de Facebook en la elección de Donald Trump como presidente de EE UU y al otro ya nadie se acuerda de la web que un día parece que gobernó los designios del planeta. Hoy Twitter pertenece a un millonario con verbosidad y mañana quién sabe si se podrá seguir hablando en la plataforma. En un entorno de obsolescencia desbocada, el libro de la periodista y escritora irlandesa Roisin Kiberd *Desconexión* (Alpha Decay) ofrece un remanso de calma proyectada bajo la luz azul. No es que lo que cuenta no resulte inquietante —al contrario, habla de redes, mentiras y vigilancia— sino que está escrito con la intención de dejar poso. Y funciona.

¿La clave? “Que el libro es 50% personal y 50% crítica cultural, porque creo que esa es la manera más exacta y honesta de contar la historia de la vida con internet en nuestro tiempo”, explica Kiberd (Dublín, 34 años) al otro lado de la pantalla, sentada en la mesa de una cocina de muebles blancos. Sus textos hablan de una forma de vida. Y, sobre todo, evitan “hacer predicciones sobre el futuro”: “Ahí es donde la escritura sobre tecnología envejece realmente mal”, asegura la autora.

Publicados originalmente en inglés hace varios años, la decena de ensayos que componen *Desconexión* deconstruyen las tribulaciones de una mujer joven que intenta ganarse la vida como periodista tecnológica en Londres y Dublín, un Silicon Valley a la europea donde se encuentran instaladas las sedes de todas las grandes compañías tecnológicas, de Google a Amazon. Kiberd

no puede dormir, tiene problemas de desórdenes alimenticios y, dada la precariedad de su trabajo, pasa temporadas viviendo en casa de sus padres. Acude cada noche al gimnasio, cada vez hasta horas más intempestivas, cada vez más machacada. Ingiere cantidades industriales de una bebida energética atiborrada de cafeína y va probando suerte con los hombres encadenados citas concertadas mientras arrastra el dedo a través de aplicaciones. “La buena escritura está siempre en diálogo con su tiempo, pero también accede a algo universal”, argumenta la autora. “Con el libro, quería alcanzar un nivel de verdad que es accesible a través de la literatura pero que quizá no está disponible en la vida real. Y que viene de tomar el punto de vista personal y el marco, y preguntarle al lector: ¿tú también sientes esto?”.

La narración de *Desconexión* arranca en ese punto de abrasión que seguramente todos hemos padecido en algún momento frente al móvil o el ordenador. Solo que, en el caso de Kiberd, la angustia y el vacío que le provocaron los días (y noches) de *scrolls* interminables y miradas fijas en ese espejo deformado que es la pantalla la llevaron a intentar quitarse la vida con pastillas. Todo esto lo cuenta con seriedad, pero también con una pizca de sal. El libro al completo está atravesado por la ironía y el sentido del humor, quizá la única forma sana de abordar estas cuestiones.

“Cuando me diagnosticaron inestabilidad emocional, el documento que me dio el médico enumeraba cosas como adicción a Twitter, ascenso de la *alt-right* [derecha alternativa], 4Chan [una comunidad en la sombra de internet, donde se raya lo ilegal]... Todas esas cosas horribles que se me estaban metiendo dentro, quizá hasta un nivel irracional. Desde entonces, he



Roisin Kiberd, en una imagen de Alpha Decay. / TESSY EHIGUESE

trabajado un montón y he ganado mucha perspectiva. En lo que respecta a mi relación con internet, diría que todavía estoy procesándola, pero ya no ejerce sobre mí el mismo control que antes. Mi vida personal, mis relaciones, mi carrera... todo lo he movido en otra dirección”.

La idea que transmite el libro es que los cuerpos, mentes y almas están atravesados —por no decir colonizados— por la tecnología. “Cuanto más pensaba en lo que Shoshana Zuboff llama ‘el capitalismo de vigilancia’, más

‘Desconexión’ habla de redes, mentiras y vigilancia con ironía y sentido del humor

“El libro es 50% personal y 50% crítica cultural”, sostiene la autora

me daba cuenta de dos cosas: una, que las plataformas reclaman todos los aspectos de tu humanidad, incluido tu pasado, tu futuro y hasta el tiempo antes de que te registraras”, explica Kiberd, que pone como ejemplo la capacidad de Amazon de predecir embarazos incluso antes de que lo sepan las propias mujeres. “Y otra es que, como también dice Zuboff, la tecnología se parece a la Iglesia católica: es un imperio en expansión que instala tal control y miedo, pero también tal esperanza, sobre la gente que lo sigue, que incluso aunque no lo tengas en el cerebro, dejas que se te meta en el cerebro”.

Nos relacionamos y amamos a través de plataformas, ponemos nuestra salud mental al límite en una constante comparación con los otros. “Durante la pandemia, cuando todos vivíamos en línea, la gente se hizo más cirugías y empezó a alterar su cuerpo”, ejemplifica Kiberd, que también documenta en sus textos el desequilibrio de géneros que impera en algunos rincones de la red, como las aplicaciones de citas extramatrimoniales, pobladas por un 95% de hombres e innumerables *chatbots* que fingen ser mujeres. “Internet puede ser más sexista que la vida real porque el elemento humano, el hecho de mirar a alguien a la cara, ya no está”, comenta.

Kiberd cita las teorías del fallecido filósofo Mark Fisher como una de las mayores influencias a la hora de pergeñar *Desconexión*. “Le entrevisté un año antes de su muerte por el grupo de Facebook en cuya formación había participado, Boring Dystopia, cuya premisa era que la vida en esta fase del capitalismo es una distopía aburrida —y que especialmente Gran Bretaña es una distopía aburrida—, una idea que creo que se ha vuelto más verdadera con el tiempo”.

Mano a mano con el fantasma del tedio, recorre el libro la noción del *doppelgänger*, el yo desdoblado que adquiere una vida propia en la dimensión paralela de la pantalla, y que la escritora se plantea trasladar a una historia de ficción: “Lo próximo en lo que voy a trabajar es una novela experimental, con un ensayo encajado en el medio”.

CAFÉ PEREC / ENRIQUE VILA-MATAS

Hemos oído cómo hablaban de política

Al despertar, hormigas y dinosaurios seguían allí. Y era como si el silencio reclamara, con crueldad, el regreso de la cháchara política. Para desviarme de la avalancha mediática, abrí al azar la genial *Las tempestálicas*, de Gueorgui Gospodínov: “Tras la dictadura del futuro llega el turno de la dictadura del pasado”. No me desvié demasiado, porque, al pensar en el pasado —ese que no está muerto, que ni siquiera es pasado, y que nunca termina de pasar— me acordé de cuando Flaubert advirtió lo injusto que era criticar el embrutecimiento de la plebe. ¿Criticarla? Pero si lo que había que hacer, dijo, era ilustrar al embrutecido Poder, en alarman-te situación de ignorancia supina.

Y no pudo ser más explícito en una carta veraniega: “Esta mañana me he presentado ante el príncipe Napoleón, pero había salido. He oído cómo hablaban de política. Es algo inmenso. ¡Ah! ¡Que vasta e infinita es la Estupidez humana!”.

Sabemos que solo hay dos cosas infinitas: la estupidez y el universo, aunque de lo segundo aún no estamos seguros. Si de algo creo estarlo es de que la estupidez tiene a veces un atractivo irresistible. De ahí que la gran literatura se haya sentido fascinada por lo estúpido en el sentido más extremo de la palabra. Y es que una persona especialmente estúpida puede resultar muy seductora para el observador agudo. De eso habló Robert Musil en Viena en su última

conferencia. En ella, habló de “hombres inteligentes, e incluso ingeniosos” que se complacían en el trato con los estúpidos y los toscos. Y habló de cómo todo esto las mujeres, enemigas declaradas de la tosquedad, no lo entendían y acostumbraban (incluso las casadas con un merluzo) a acusar a los hombres de ese trato solo para ampliar su superioridad intelectual.

Y, sin duda, algo de cierto había en la acusación. Pero veo una razón mejor para justificar que se espíe y analice lo estúpido: la morbosa curiosidad que uno puede sentir por las personas singulares, por las grandes individualidades. La formidable estupidez mundial provoca que a veces seamos indulgentes con las individualidades, con

genios que no representan a nadie más que a ellos mismos. Aunque algunos de éstos se atrofian porque, cuando les llega el inefable día en el que se sienten amenazados por la estupidez, no saben ver que ésta es una simple etapa en el desarrollo del pensamiento, al que la propia estupidez amenaza desde dentro para conseguir que el pensamiento se eleve.

Y ahí se quedan tirados, como tantos representantes de multitudes a los que estos días hemos visto inmersos en la sonora no conversación de los partidos. No conversación, porque hemos oído cómo hablaban de política y cómo brillaba por su ausencia una forma de hablar que mínimamente se pareciera al lenguaje político. ¿Reaparecerá por fin ese lenguaje el 10 de julio en el espectacular cara a cara? ¿Hablarán ahí los invitados como dos individualidades que se representan a sí mismas, o como representantes de dos colosales partidos cuya suerte paradójicamente depende de otros?